

# EL RELATO DEL MONTILLISMO ES LA NORMALIDAD

DAVID MIRÓ

PÚBLICO, 27.11.07

Si Felipe González y Alfonso Guerra querían cambiar España para que no la reconociera “ni la madre que la parió”, si José María Aznar ambicionaba cambiar la política exterior “de los últimos 200 años”, si Pasqual Maragall deseaba superar la relación de “conllevancia” que hasta ahora ha regido las relaciones entre Catalunya y España, si José Luis Rodríguez Zapatero se proponía resolver de una tacada el problema territorial y la violencia política, José Montilla sólo aspira a ser un gobernante normal. Normal no en el sentido de mediocre, sino de ponerse unos objetivos asequibles en el período de tiempo que tiene para cumplirlos, es decir, cuatro años. A algunos les parecerá una mirada de vista corta, de vuelo gallináceo, pero también es verdad que los precedentes no invitan al optimismo, y sólo había que mirar la cara de satisfacción de la plana mayor de los empresarios ayer para percibir que ellos sí que compran *montillismo*. Ir paso a paso y no retroceder ni para tomar impulso.

El mensaje de fondo que el president repite hasta la extenuación es que él no pide la luna ni cosas imposibles, léase la independencia, pero no se va a arrugar ante nadie para que se cumpla el Estatut, y especialmente en lo relativo a la financiación. Éste va a ser el principal caballo de batalla de la próxima legislatura, y dónde el PSC va a tener que emplearse a fondo para convencer a sus compañeros de partido de las bondades de un sistema de reparto de los recursos más equitativo y, sobre todo, transparente. No le va a ser fácil. El próximo número dos del PSOE en

Madrid, Pedro Solbes, ya ha empezado a negociar, tal como desveló *Público*, la nueva financiación en un largo almuerzo con Montilla. Pero sus intenciones ya han quedado meridianamente claras estos años. El Congreso aprobó en 2004 una resolución que obligaba al gobierno a hacer públicas las balanzas fiscales. En 1997 ya se había aprobado una similar fruto del acuerdo entre CiU y PP. En ambos casos el grado de cumplimiento ha sido el mismo: ninguno.

Ante esa anomalía, ¿qué puede ser más revolucionario que pedir que se respeten las leyes?